

este benéfico arbol, es, *Abedúl*, y en Galicia, *Bido*, ó *Bidueyro*. En Castilla se llama tambien *Abedúl*, en donde le hay.

Y yá que se habla aquí de específicos de nueva invencion, aviso á los Letores, que no se olviden de la Piedra de la Serpiente, remedio eficacísimo para la mordedura de sabandijas venenosas, y la hydrofobia, ó mal de rabia que publiqué en el II Tomo del Theatro Crítico, *discurso II*, *num. 52*, y despues confirmé en otras partes.

CARTA XXII.

*DA EL AUTOR LA RAZON,
por qué habiendo impugnado mucho sus
Escritos, ó alguna parte de ellos, res-
pondió á unos, y no á otros.*

MUY señor mio: en la que acabo de recibir de Vmd. me desplace el asunto, y estimo el motivo, que sin duda es noble; porque en el modo con que corrige aquello, en que juzga, que yerro, manifiesta su deseo, de que yo en nada sea reprehensible.

2 Díceme Vmd. que, á su parecer, ù debiera yo responder á quantos me han impugnado, ó á ninguno. La razon, que me dá, es, porque respondiéndole á unos, y no á otros, di ocasion á la sospecha, de que esta distincion procedió, de que tenia que responder á aquellos, y no á estos; ó que me di por convencido de estos, y no de aquellos. ¡Ah, señor mio! Los que puedan formar esa sospecha, muy lexos viven de la República Literaria; pues aun los que solo tocaron sus confines, saben muy bien, que en todo el amplísimo espacio de la Literatura no hay cosa más facil, como impugnar agenos Escritos, y responder de-

defendiendo los propios. Para esto, no hay quien no presume ser bastante hábil. De aquí viene meterse á Escritores algunos, que nada son más, que meros escribientes. De aquí viene salir al público, con capa de crítica, algunos impresos, donde es un borron cada letra, sin que haya alguno tan desdichado, que no halle muchos, que le aplaudan.

3 La facilidad, que hay en impugnar, y responder, ó hablar, y escribir, de modo, que no disuene uno, ni otro, se hace palpable á qualquiera, que frecuente las Aulas, aunque solo sea pisando los vestibulos; porque allí vé, que ningun Profesor, ó Cursante hay tan corto, que no argumente; ni ninguno tan atado, que no responda: se entiende, bien, ó mal; porque en esto hay, entre distintos sugetos, segun su mayor, ó menor habilidad, y ciencia, mucha discrepancia, desde el más capaz, que es aquel, que, v. gr. defendiendo, dá una satisfaccion clara, y cabal al argumento, hasta el más rudo, que no hace más que embrollar, y meter bulla, con una bárbara gregueria, á quien dá nombre de *respuesta*.

4 Atendido lo dicho, conocerá Vmd. que no habrá salido á luz algun papelon de mis contrarios, de que yo no pudiese desembarazarme á muy poca costa, dexando al Público bastante satisfecho. No negaré, que pudo suceder hallar uno, ù otro en mis Escritos, alguna, ó algunas proposiciones no bien consideradas, cuya incertidumbre acaso claramente demonstrase. ¿Pero qué le parece á Vmd.? Eso sería lo que menos cuidado me diese; porque, lo que haría en ese caso, sería confesar llanamente mi inadvertencia, ó equivocacion, como lo executé, por lo menos dos veces, aun siendo el Autor de una de las dos impugnaciones sugeto, que por ningun capitulo merecia alguna respetosa, ni aun cortesana condescendencia. Y sé que á los hombres de razon pareció mejor esta sinceridad, que les parecería, el que eludiese las dos objeciones con algunas trampaclas, ó sofisterias las más ingeniosas del mundo.

5 Esto he practicado, y practicara, si estuviese escribiendo mil años, confesando, y corrigiendo, no solo los yerros, de que otros me acusaron; mas tambien aquellos, de que yo por mi propia luz me desengañé, por tener siempre presente, que si engañar, y mentir a un individuo particular, es torpeza indigna de todo racional, mucho mas de un Christiano, aun mas de un Religioso, y Sacerdote; mucho mayor lo será mentir a todo el mundo, engañando, no solo a los hoy existentes; mas tambien a los venideros. Y esto es lo que puntualmente hace, quanto está de su parte, qualquiera Escritor público, que voluntariamente falta a la verdad.

6 ¿Y se practica así comunmente? Diganlo los que con reflexion, y conocimiento leyeron los Papelones, ò Libros de algunos de mis contrarios. *Quæ non vidi! quæ non passus sum!* puedo exclaimar con Barclayo en la entrada de su Satyricon. ¡Quantas imposturas! ¡Quantos trastornos de mis Periodos, para darles un sentido siniestro! ¡Quantas supresiones de las voces, que manifestaban el sentido legitimo! ¡Quantas citas falsas! ¡Quantas alegaciones de Autores, que ni aun por la cubierta habia visto el que los alegaba! Y lo que es mas, aun de Libros, que no hubo jamas en el mundo, ò por lo menos, ya há siglos, que no existen! A lo que tambien se ha allegado, tal vez, la osadia de acusar falsisimamente de falsas una, ò otra citamía. Y sobre esto último, es muy especialmente digno de nota el caso, que refiero en el Tomo IX. del Theatro Critico, num. 41.

7 Estos excesos de mis contrarios sirven a disculpar tal qual, en que yo acaso pude incurrir, rebatiendo sus golpes. Quisiera yo, que en los que me los notaron, con la imaginacion se colocasen en mi lugar, y en el espejo mental de esa positura, viesan hasta dónde se estendia la virtud de su paciencia. Yo me hago cargo de la moderacion, que en todas ocasiones piden mi edad, y mi estado. Pero tambien los que me acusaron de haber sido una, ò otra vez remiso en el cumplimiento de esta deuda, debieran ha-

hacerse cargo, de que las voces del dolor, naturalmente son algo disonantes; y especialmente, quando recibe el alma la herida; es muy dificil poner en el debido tono la queja. Añadese a esto, que yo consideraba, en algun modo preciso, manifestar en mi sentimiento la injusticia de mis emulos; por que la mayor parte de los que estan a la mira, solo miden la gravedad de la ofensa; por lo que el ofendido grita; al paso, que si este calla, atribuyen a insensibilidad su silencio, y nadie se conduce de los golpes, que reciben un tronco; como ni le contempla agraviado del brazo, que le destroza.

8 Pero siendo ya preciso exponer a Vmd: la causa, por que respondí a unos adversarios, y no a otros, digo, que lo primero pendió de mi mero arbitrio; mas no lo segundo. Es cierto, que, por lo comun, con igual satisfaccion fueron leidos los pocos Escritos Apologéticos, que produxeron que los muchos, en que discurría por otros objetos; y aun pteo; que no pocos Letores mas se complacian en aquellos, que presentaban a los ojos las alegres escaramuzas de una guerra galana; que en los que solo ofrecian las utilidades de qualquiera doctrina seria. Pero los curiosos de gusto mas noble, que tambien eran muchos, deseaban verme discurrir sobre nuevos asuntos; y a esto me impelian con toda su fuerza.

9 Seríame, sin duda, como ya dixé, mucho mas facil, y caso nada menos util, lo primero, que lo segundo. Para preservar de los ataques lo que se ha escrito, suelen hallarse presidios en las mismas razones, que se tuvieron presentes para escribirlos. Pero tratar materias, que otros no han tocado, ò en las que ya han tocado otros abrir diversos rumbos, ilustrandolas con nuevas reflexiones, fortalecerlas con otras pruebas, ò proponer las mismas, que se hallaron escritas, con mayor eficacia, y claridad, tiene las dificultades, que con elegancia explicó Plinio el Mayor, quando en el Prólogo, ò Dedicatoria de su Historia Natural, dixo: *Res ardua vetustis novitatem dare, novis auctoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem*

cem, fastiditis gratiam, dubiis fidem.
 10 En efecto, renovar con algun acierto lo antiguo, ya en la substancia, ya en el modo, es poco menos difícil, que producir de nuevo; como la habilidad de rejuvenecer un anciano, que la ficcion mytológica atribuyó à la Encantatriz Medea, sería imitar en algun modo el milagro de resucitar un difunto; porque con verdad se puede decir, que un septuagenario, ò octogenario, no es mas, que un medio muerto, en atencion à que, quanto por el discurso de los años se van minorando el vigor, y la salud, tanto se vá perdiendo de vitalidad.

11 Consideraba yo tambien, que sobre la mayor facilidad, que hallaria en la pluma, para responder à mis contrarios, esta venía à ser una obligacion inherente al empeño, en que me habia puesto de desterrar errores comunes; porque, ¿qué haría yo con desterrarlos, sino me oponía à los que obstinadamente porfiaban en restablecerlos? La tolerancia de unos excitaria à otros à hacer lo mismo; porque hay gran copia de estos Escritores espurios, que no siendo capaces de producir otra cosa, mas que fútiles reparos sobre ajenos Escritos, con esto solo aspiran al baño, y nombre de Autores.

12 Pero contra todas estas reflexiones prevaleció la autoridad de algunos sugetos, acreedores, no solo à mi veneracion, mas tambien à mi obediencia, que constantemente me exhortaban à proseguir en la idéa, y rumbo, que me habia propuesto, sin divertirme à rebatir oposicion alguna; procurando persuadirme, que la estimacion casi general de mis trabajos e taba ya colocada en un puesto, adonde no alcanzaban los tiros de mis enemigos.

13 No dexaba de ocurrirme à mí, que este favorable concepto de la feliz positura de mis Escritos podria muy bien provenir de la afectuosa inclinacion de dichos sugetos à mi persona; que hay muchos dotados de un temple de alma, tan cómodo, que facilmente asienten, à lo que con alguna viveza desean. Tambien meditaba yo, que podia tener parte en ese favorable concepto la natural apre-

hen-

hension, de que el Público haria de mis Escritos el mismo juicio, que ellos hacian. Digo *natural apprehension*, porque naturalmente, con anterioridad à toda reflexion, concebimos, que qual se nos representa qualquiera objeto, tal se representa à los demás hombres. Con facilidad imaginamos, que los demás apreciarán lo que juzgamos apreciable, ò despreciarán lo que conocemos despreciable. Y à esta especie de inadvertencia están, en algun modo, mas arriesgados los que gozan mayor perspicacia intelectual; porque menos presuntuosos, que los de inferior alcance, no suelen atribuir aquella claridad, con que discernen alguna cosa, à la mayor luz de su discurso, sino à la mayor visibilidad del objeto.

14 A mí al contrario, millares de experiencias me han hecho tan desconfiado en esta materia, que ninguna verdad veo tan patente, y clara, que me atreva à asegurar, que alguno, ò algunos otros, aun de los que están reputados por bastantemente capaces, no la juzgan desnuda de toda verisimilitud. Sucedióme concurrir en distintos tiempos con dos Escolásticos, que nadie tenia por rudos: à quienes, por mas que hice, no pude entrar en la inteligencia de aquella evidetisima razon, que nos muestra cómo, y por qué los habitantes del opuesto Emisferio, que llamamos *Antípodas*, pueden mantenerse levantados, como nosotros, en una positura visualmente contrapuesta à la nuestra, ò pies contra pies (que eso significa la voz *Antípoda*); y à un compañero mio en este Colegio oí, que lo proprio le habia sucedido con otro, que yo conocí, y à quien varias gentes tenian por agudísimo, y doctísimo.

15 En el IV. Tomo del Teatro, Discurso VI. numero 18, escribí, como en esta misma alucinacion incurrió Lactancio Firmiano; por lo que negó, no solo la existencia, mas aun la posibilidad de los *Antípodas*. Si de un error tan manifesto fue capaz aquel, que con tanto acierto combatió las supersticiones del Paganismo; aquel, à quien muchos llaman el *Ciceron de la Iglesia*; aquel, à quien el Gran Constantino constituyó Maestro de su hijo Crispo; ¿de quién

se

se fiará, que no pueda incidir en gruesos absurdos, ò negando verdades claras, ò afirmando monstruosos errores?

16 No obstante todo lo dicho, por el respeto, que debia à los sugetos, que me sugerian no respondiese à mis impugnadores, me sugeté por la mayor parte, à su dictamen; lo qual no fue un leve sacrificio, quando à cada nuevo Pape- lon, lleno de sandeces, que salia à luz contra mí, llegaban à mis oidos varias noticias, de que este, aquel, y el otro, à gritos le aplaudian, diciendo, que era un Escrito admirable, concluyente en la materia; de modo, que el P. Feyjoó no podria, ni tenia que responder à él. ; Y quiénes eran *este* el *aquel*, y el *otro*? No solo el Pisaverde, que no leía, sino Novelas; no solo la Damisela, à quien sus aduladores habían metido en la cabeza, que era una Sybila; no solo el Eclesiás- tico, que no abrió mas libro, que su Breviario; mas tambien el Dialéctico, que en su *modus sciendi*, y en su *barbara ce- larem*, juzga tener la llave de todas las Ciencias; el Político, que todo lo resuelve por máximas de Cornelio Tácito; el Ju- risconsulto, y que jamás sacó, ni un dedo de la Atmósphera de Bártulo, y Baldo.

17 Lo mismo digo de otros Facultativos, por sabios que sean, si solo lo son dentro de aquella Facultad, à que enteramente se destinaron. Porque, ¿cómo decidirá el ma- yor Teólogo del mundo, no siendo mas que un gran Teó- logo, si yo acerté, ò erré, quando haya tocado alguna espe- cie de Astronomía, ù de la Náutica, ù del Systema Newto- niano, ù de los nuevos descubrimientos, en orden à la figu- ra de la tierra, ù de la Historia del Japón; ù de los Bracma- nes de la India?

18 Me acuerdo à este propósito de lo que el año de 28 se me refirió en Madrid de un Jurisconsulto, colocado en alto puesto, que en conversacion con otro de su Facultad, con ocasion de dar este segundo algun elogio à los dos Tomos, que yo habia publicado, le dixo el primero, que no me negaba tener alguna habilidad; pero que era cosa insufrible, el que, en confianza de ella, presumiese persua- dir al Público quimeras totalmente increíbles; como que, *el*
ayre

ayre es pesado. Junte Vmd. con esta especie, la que referi en uno de mis Tomos de aquel buen Eclesiástico, que escri- bió à un amigo suyo haber observado, que quantos leían mis Libros se volvian locos.

19 El único consuelo, que tuve, viendome combatido del tumulto de Escritores impertinentes, y molestado de la gritería de Letores ignorantés, fue reconocer en la mediana re- signacion, con que sufrí à unos, y à otros, haberme dotado Dios de mas paciencia, que la que antes pensaba haber recibi- do de su soberana Benignidad. Y este pensamiento, repetido ahora, me recuerda la obligacion de no apurar la de Vmd. haciéndole leer una Carta algo larga. Mas si acaso ya lo es, con lo que llevo escrito, espero de la virtud de Vmd. que lo llevará por amor de Dios, à quien suplico guarde à Vmd. muchos años. Oviedo, y Mayo 28 de 1759.

CARTA XXIII.

*DISUADE A UN AMIGO SUYO
el Autor el estudio de la Lengua
Griega; y le persuade el de la
Francesa.*

MUY señor mio: O yo estoy muy engañado, ò la pregunta, que Vmd. me hace, proviene de suponer erradamente, que yo entiendo la lengua Griega; procediendo esta falsa suposicion de haber visto, que en una, ù otra parte de mis Escritos, expliqué la signi- ficacion de tal qual voz Griega, por alguna concernen- cia suya al asunto, que entónces tenia debaxo de la plu- ma. No señor mio, nada sé de la lengua Griega; y si un tiempo supe algo, ese algo no era mas, que un casi na- da. Tuve, sí, muchos años há, alguna inclinacion à aprehen- der-